

“La cibervida y la prioridad del otro.”

M.Carmen Rodríguez-Rendo.
Psicoanalista – Madrid.

“El logos es la posibilidad de arrancar al hombre del horizonte de la inmediatez”. (Lledó.1991)

Introducción.

La **inscripción** de un hallazgo, de un aprendizaje, de una elaboración, lo que se llamaba el “insight”, solo es posible porque hay un otro real que soporta el lugar de un tercero que opera la función de corte. Otra persona. La presencia de ese otro que habla, que ama y que desea es el garante de que el hallazgo se inscriba en lo psíquico.

En las posibilidades que la cibernética y el psicoanálisis ofrecen a la humanidad y a la cultura hay una tradición y un pasado al que le deben su oportunidad de ser. No hay ser sin pasado, sin tradición, y sin historia. A ambos los podemos considerar revolucionarios pero debemos recordar que ninguna revolución es tan revolucionaria como lo hubiese pretendido ya que todos los pensamientos han tenido antecesores.

Cuando quise situar el eje de este texto me pregunté cómo haría para contar lo que quería contar, **dejando claro que el riesgo del que voy a hablar depende del usuario y no de la herramienta que se utiliza.**

Reconocer las ventajas que aporta una herramienta de la que nos servimos y nos enriquece, no excluye dejar de lado el peligro de un uso que puede devenir síntoma.

Síntoma en psicoanálisis no es sinónimo de enfermedad, es signo de que hay inconsciente.

En este sentido diría que no hay progreso sin síntoma. El progreso permite re-formatear la vida, pero sabemos que la vida al igual que el disco duro de un ordenador no son fáciles de re-formatear.

Mientras pienso y escribo éste trabajo irá envejeciendo. La velocidad de estos tiempos hará que antes de que lo haya terminado, el libro de Francis Fukuyama “El fin del hombre, consecuencias de la revolución

biotecnológica” (“Posthuman Society”), habrá convencido a buena parte de sus lectores, con los avances de la ingeniería genética.

La cibernética y el psicoanálisis son productos urbanos. Son productos propios de la proximidad que la ciudad ofrece, por ello ambos intentan acortar la distancia para llegar al otro. La primera permite eludir la presencia, para el segundo, la presencia es lo ineludible.

Por ello me pregunto: si el mundo de Internet y las autopistas de la comunicación tienden a urbanizar el tiempo real en el momento en el que se desurbaniza el espacio, ¿la vida virtual nos podría alejar de la búsqueda del otro, del otro de la carne, del que se huele, del que se abraza, encarnado en un cuerpo que se ofrece para el juego identitario?

Aunque sepamos que las primeras identificaciones constitutivas del sujeto son virtuales sin olvidar el soporte que las humaniza, ¿no estaremos algunas veces entronizando la relación virtual y engendrando síntoma, en esta atmósfera desubjetivante del nuevo milenio?

Como sabemos las comunidades virtuales pueden posponer y prescindir de la presencia física. Han tenido sus precursores en los grupos de radioaficionados que hacían gala de su solidaridad.

La comunidad virtual introduciría inicialmente el “absoluto anonimato”, la posibilidad de decir sin exponerse. Cuando se acaba el nexo en una comunidad virtual, se acaba la relación del sujeto con el grupo, que hasta ese momento es su grupo virtual de pertenencia. No hay pactos de lealtad ni convencionalismos sociales que presionen al usuario, sin embargo en todos los team-play hay una meta en juego que enmarca la estrategia y las reglas disciplinarias que sus usuarios deben respetar.

Usuario no es sinónimo de persona, en todo caso lo es de consumidor, de beneficiario, etc. y el mensaje de los medios es que si no hay consumo, no hay desarrollo económico. Aquí estaría una de las características que separan la relación virtual de la relación en presencia.

El anonimato, característica principal del usuario, le aporta la opción de hablar sin identificarse, sin encarnar la palabra, pero al privarle del vínculo con el otro en presencia le roba la enorme cantidad de información que cabalga en el cuerpo y en las palabras, y que solo la presencia física permite transmitir.

El eje de mi desarrollo circula por aquí: por el otro como “proveedor” de humanidad, así como el impacto que introduce en el psiquismo la velocidad, y el cambio de la relación espacio-tiempo que es su consecuencia inmediata.

Recordemos que:

La palabra **cibernética** proviene del griego *Κυβερνήτης* (*kybernetes*) y significa "**arte de pilotar un navío**", aunque Platón la utilizó en *La República* con el significado de "**arte** de dirigir a los hombres" o "**arte** de gobernar". La **cibernética**, según el epistemólogo, antropólogo, ciberneta y padre de la terapia familiar, **Gregory Bateson**, es **la rama de las matemáticas que se encarga de los problemas de control, recursividad e información**. Bateson también afirma que la cibernética es "el más grande mordisco a la fruta del árbol del Conocimiento que la humanidad haya dado en los últimos 2000 años". (Wikipedia)

En Wikipedia en lengua inglesa encontramos que la cibernética contemporánea: comenzó como un estudio interdisciplinar que conecta los campos de sistemas de control, teoría de redes eléctricas, ingeniería mecánica, modelos de lógica, biología evolutiva y neurociencia en los últimos cuarenta años. Otros campos de estudio que han sido influenciados por la cibernética incluyen, teoría de los juegos, teoría de sistemas (la contrapartida matemática de la cibernética), filosofía, arquitectura y psicología.

La velocidad.

Palabras tales como "multimedia", "CD-ROM", "autopistas de la información", "fibra óptica", "sonido digital", "televisión por cable" etc. hermanan algunos productos de las llamadas "tecnologías de la información".

Estas tecnologías caracterizan el final del siglo XX introducen un cambio perceptible en la forma de vida y en la visión del mundo, (entendida aquí como Weltanschauung).

Su factor multiplicador, "consistente en el número de veces que la tecnología en cuestión es capaz de mejorar la función ó el objetivo que le ha sido asignado,"(Negroponte, 2000) comporta una ganancia y una pérdida.

Algunas de esas pérdidas impactan en la temporalidad psíquica, ya que la hiperaceleración nos puede encerrar en un mundo donde podríamos perder la grandiosidad del espacio.

El poder y la riqueza inseparables de la velocidad, son conceptos que reflejan la preocupación de Paul Virilio por los efectos culturales de la aceleración del tiempo actual. (Virilio nacido en 1932, fue maestro

vidriero, compañero de Matisse, estudioso de la filosofía y apasionado de la arquitectura y la psicología de la forma. Pintor y urbanista).

Inseparables también de los efectos culturales son los efectos sobre la singularidad psíquica del sujeto.

Recuperar el tiempo sería darnos la posibilidad de recuperar la lengua. Recuperar la lengua quiere decir reencontrar el contacto, la corporeidad física del otro.

Si el poder se asocia al poder dromocrático, (del griego “dromos”- “carrera”), y toda sociedad es una “sociedad de carreras”, diríamos desde el psicoanálisis, que la sociedad actual y sus emblemas parecen haber hecho de la carrera un destino, traducido en una meta que si no se alcanzara nos condenaría al fracaso.

Para algunos sujetos de hoy pensar ha dejado de ser actividad ineludible, transformándose en consumidor de tiempo; y consumir tiempo no es rentable si la ganancia de dinero no es cuantiosa e inmediata.

“Ahora”, ha devenido sinónimo de “ya”. Y lo que nos enseñaban a los psicoanalistas que fuimos jóvenes, aquel acuñado concepto: “intolerancia a la frustración” ha devenido “intolerancia”. La frustración sigue existiendo, pero los pasajes al acto la gestionan.

Por otra parte la inmediatez de la conclusión liquida el tiempo de elaboración.

El tiempo de ver, el tiempo de comprender y el tiempo de concluir no son pasos simultáneos; pero la capacidad de esperar siempre ha estado reñida con la aceleración.

El borrado subjetivo se incrementa según se instala la globalización social y económica.

El progreso técnico, colocado en el lugar de un Ideal, fue un sueño capaz de mejorar al sujeto.

Sin embargo algunas veces, el sujeto se ha visto sometido a un ritmo tecnológico, cuya velocidad podría desvanecer sus sueños sobrevalorando su haber y su plan de beneficios a corto plazo.

Más aún, si el sujeto no se mostrara ambicioso algunos futurólogos darían por hecho su espíritu perdedor por arrogarse la defensa insolente de un tiempo único: *su tiempo psíquico*.

La puesta en práctica de la velocidad industrial provocada en primer término por la revolución industrial y en segundo término por la revolución de los transportes fue cambiando la relación con el espacio-tiempo y sus consecuencias han sido tanto sociopolíticas como subjetivas.

La tiranía de la velocidad impone al psiquismo un esfuerzo que lo precipita a una conclusión a destiempo, embrujado por el sueño imposible de recuperar el retraso y apropiarse del objeto. ¿Cuál? De un objeto temporal; haciendo del tiempo un objeto de competencia y de consumo.

El psiquismo por su parte dispone de un compás para recordar, otro para repetir, y otro para elaborar.

Como ocurre en la música, el psiquismo debe encontrar y entrar en su propio compás, ya que no hay niño que llegue a ser hombre o mujer sin tiempo y sin compás.

La inmediatez pone en práctica el ejercicio de un tiempo que interrumpe la relación del sujeto con su tiempo histórico.

Y a su vez, **historizar es el hallazgo de un psiquismo capaz de urbanizar su tiempo narrativo.**

De aquí nuestra diferencia con el animal: mientras el animal es capaz de hacer “una puesta en memoria”, en el sentido de un almacenamiento de datos, dispone de un tiempo inmediato, pero no tiene historia.

Que se haya disuelto el tiempo local es un acontecimiento fantástico.

Es evidente que lo que ocurre hoy en Madrid o en América interacciona instantáneamente a través de los medios e ingresa en un tiempo mundial. Al mismo tiempo la potencialidad negativa de éste hecho no debe obviarse. El progreso era todopoderoso pero ya no lo es. Esta idea ya pertenece a la infancia del pensamiento.

La idealización del progreso, como todas las idealizaciones pertenece a la herencia de una orfandad del hombre, legado del desamparo psíquico. Cuando en nombre del progreso se pretende borrar la diferencia entre yo y el otro o se la niega, precipita la eclosión de alguna violencia.

El psicoanalista, (lo he dicho hace mucho) es un obrero del tiempo. Trabaja sobre el trayecto histórico y sobre la trayectoria discursiva, por esto, el psicoanálisis, es un producto urbano, ya que como decíamos antes, la ciudad es el paisaje que a los humanos les une. Aquí reside la atemporalidad del psicoanálisis: el sufrimiento no tiene fecha de caducidad.

El sufrimiento duele y para que duela menos no basta con darse prisa, ni con entretener la vida con psicofármacos o con un abanico de actos que nos distraigan de la muerte.

Así como debemos aceptar que “la velocidad cambia la **visión** del mundo” (Virilio, 1999) también debemos admitir que para “**ver**” en el mundo psíquico es menester respetar el tiempo del inconsciente.

La temporalidad psíquica.

La cría humana nace y se constituye en relación de dependencia con otro, la madre. Y aún antes de su nacimiento, el psiquismo parental será su primera cuna.

Será en esta relación con el otro materno, que el estado de desamparo inherente a su prematuridad, encontrará una vía de resolución a través de la especularidad con el semejante. Ese que le hace pertenecer a su especie y le posibilita la estructuración de su psiquismo, “destinado a constituirse enteramente en la relación con el otro”.(Laplanche-Pontalis, 1977)

En la psique se da una alianza entre lo permanente y el cambio, entre la anticipación y la retroacción. En la medida en que el sujeto está avocado a investir otros sujetos y otras realidades esto implicará transformaciones inevitables en el psiquismo.

La organización del psiquismo es progresiva y por ello su actividad es creadora de novedad, y su evolución implica innovación.

Si se nos pregunta ¿cómo surge un nuevo sujeto? Responderíamos con una sencilla respuesta de V. Korman: por identificación. Y como él pensamos la identificación: “como un concepto límite entre lo psíquico y lo social” (Korman 2006) donde los elementos estables de la organización psíquica quedarán plasmados y serán transformados desde el inicio del camino del candidato a sujeto.

Aunque al principio la subjetividad del *infans* no está constituida, los recuerdos, las huellas mnémicas inconscientes, lo vivido en suma, por efecto de resignificación, reciben una nueva significación y se inscriben en la temporalidad psíquica.

A partir del nacimiento de un niño se conjugan su “hambre de identificación” y el potencial identificante que le ofrece el entorno.

El concepto freudiano de retroacción, *nachträglich* (adjetivo) es un término utilizado con frecuencia en alemán en el sentido de “efecto diferido”, a posteriori, *après-coup*. *Nachträglichkeit* (sustantivo) desgaja el determinismo lineal y establece en el decir de Laplanche, “*la prioridad del otro*”.

La retroacción permite pensar que así como el pasado trama nuestro presente, también nuestro presente puede maniobrar sobre el pasado ya que puede dotarlo de un nuevo sentido.

Las dos palabras alemanas *nachträglich* y *Nachträglichkeit* derivan de algunos de los significados del verbo *nachtragen*: “inscribir a posteriori, complementar, incluir o agregar algo en un texto”. (Hanns, 2001)

Es decir identificación y creación conforman y estructuran al candidato a sujeto psíquico y social.

Por lo tanto, lo nuevo caracteriza a la temporalidad de la vida psíquica, que luchará con su contrario: la pulsión de muerte.

No está demás recordar aquí la mirada freudiana capaz de separar sexualidad y genitalidad, y de considerar a la muerte como fuerza pulsional similar a la sexual, afirmando que ésta fuerza mortífera forma parte de la vida psíquica de un modo silencioso obrando sobre el sujeto el desgarramiento de la escisión entre Naturaleza y Cultura sin encontrar la supuesta armonía que se exhibe como Ideal en el mundo inmediato.

El progreso, aún cuando traiga lo contrario no deja de ser progreso; pero que el progreso técnico sea condición necesaria para nuestro bienestar no equivale a afirmar que es condición suficiente.

La intención totalitaria del “hoy” pareciera más próxima a poseer el deseo que a poseer la tierra.

El deseo atraviesa la razón, impone su marca y algunas veces, su insistencia conduce al error. El que no derrocha su equívoco, se detiene en él y lo revisa, asume en su presente la determinación de un pasado inmenso e indeterminado. Porque aunque lo que ya ocurrió, no sea susceptible de modificación, esa posibilidad se abre con nuestra interpretación del pasado. Si del pasado viene lo que nos ha fundado, será el transcurso de la vida la que convierta al pasado en experiencia, bajo su forma histórica.

“Esta incorporación se realiza por medio del lenguaje que transmite, abstractamente, el antes de la temporalidad que cada *ahora* realiza, asume e interpreta.” (Lledó, 1999)

Para Virilio (1999), las tecnologías de la cibernética, las nuevas tecnologías de la información en general son tecnologías de la puesta en red de las relaciones, portadoras de la perspectiva de una idea de humanidad global, y también de una humanidad que se reduce en su singularidad y crece en su uniformidad.

Cuando él afirma, que la única manera de progresar por medio de una tecnología es reconociendo su accidente específico, su negatividad específica; también alega que los beneficios del progreso tecnológico conllevan secuelas ineluctables.

La cibernética dirige, facilita, nos acerca, nos permite escribir cartas de amor por SMS, incluso tolerar el aislamiento, pero “el accidente” rescata la presencia del otro en su dimensión prioritaria.

Palabras como “progreso”, “velocidad”, “poder”, se han aproximado tanto que sin ser sinónimos se han vuelto equivalentes.

Lo que algunos llaman los tres atributos de lo divino: la ubicuidad, la instantaneidad y la inmediatez se asocian hoy prestando variados servicios, no solo a la sociedad del bienestar sino también al síntoma.

La necesidad de la satisfacción inmediata, sin tiempo para la espera, debería ser recogida como pedido de ayuda de un sujeto que se siente perdido ante una oferta desmedida de objetos fáciles de conseguir en el mercado para quitar el dolor desde el exterior, sin la aparente necesidad de preguntarse.

Si Lacan decía que lo propio de las verdades es que nunca se muestran enteras, el Ideal de sujeto que hoy se promueve está mas cerca de verdades enteras, de certezas soldadas en los grupos de pertenencia, que de la castración y del reconocimiento de la diferencia.

Si lo que falta se recrea en lo que sobra, si la premisa de que nada falta queda velada por un supuesto estado de satisfacción obtenido con una ingesta diversa, fácilmente encontraremos el exceso circulando por la misma acera que la violencia.

Borrar la diferencia, taponar la falta podrían ser mensajes publicitarios de una modalidad que intenta negar el conflicto a la vez que nos precipita en él.

La telepresencia.

En el siglo XIX paralelamente a la revolución de los transportes llega la fotografía instantánea y el fotograma cinematográfico. Se produce una ruptura en la que pasamos de la estética del lienzo y la escultura, a una estética que se pone en movimiento. Lo que se ha llamado el paso de la estética de la aparición a la estética de la desaparición.

La secuencia del fotograma cinematográfico contiene la velocidad de la imagen. No se puede dejar de mirar, porque lo que existe en éste instante desaparecerá en el siguiente y la existencia de la imagen que ha desaparecido solo persistirá en lo que abrigue la mirada.

En adelante surgirá la multimedia: uso de diversos medios de transporte de la información. La multimedia también se refiere al uso de la informática de crear y almacenar. Realza la experiencia del usuario y la hace más fácil y más rápida para tomar la información. (Wikipedia)

Multimedia es el sistema que utiliza más de un [medio de comunicación](#) al mismo tiempo en la presentación de la [información](#), como el [texto](#), la [imagen](#), la [animación](#), el [vídeo](#) y el [sonido](#).

Es verdad como dicen los expertos que todo esto es tan antiguo como la comunicación humana ya que al expresarnos en una charla normal hablamos (sonido), escribimos (texto), observamos a nuestro interlocutor

(video) y accionamos con gestos y movimientos de las manos (animación). Lo que deberíamos añadir es que la multimedia es un **producto** de la relación humana, ya que **la necesidad sustancial de comunicarse que define a la especie, es la que creó la herramienta virtual.**

Por su parte los estrategias del marketing nos enseñan que la dimensión viva de la venta del producto, le debe más a la teoría de la seducción que al poder del cálculo.

Recuerdo una antigua afirmación que dice: “ningún hombre puede saltar por encima de su sombra”.

En la relación virtual no hay sombra ya que elude lo real de la presencia. Sin el otro parlante no hay sombra, ni historia, porque es nuestra condición de animal lingüístico la que nos concede la historia.

El motor de la relación con el otro es un efecto de presencia, ya que toda relación en sí misma sería una entidad abstracta mientras no la ocupen los seres que la habitan.

Las dificultades de una relación se engendran en tanto las diferencias multiplican el vacío. Por ello el reto de la convivencia es soportar conocerse un poco menos, mientras seguimos amando.

El encuentro con el otro ordena y suma permanentemente las posiciones identitarias. La relación con el otro es un espacio habitado responsable de lo que se inscribe como efecto de presencia.

El beneficio de discrepar.

La revolución copernicana, como sabemos, es enunciada por Freud como la primera herida narcisista infligida al hombre por la ciencia.

La revolución copernicana se opone a la de Ptolomeo. Pasamos del geocentrismo al heliocentrismo. Dos teorías astronómicas, dos líneas de pensamiento que se enfrentan y discrepan perteneciendo cada una de ellas a una tradición que se inscribe en un linaje, que se remonta a los siglos IV y III antes de Cristo respectivamente.

En definitiva la pregunta era siempre la misma: ¿qué gira alrededor de qué? La discusión debía tener más de un plano, ya que si se tratara solo del plano astronómico las consecuencias temidas no habrían sido tales.

Debe tratarse entonces de ¿qué colocamos en el centro?, y esto debe acarrear consecuencias filosóficas y antropológicas.

El heliocentrismo propuesto y defendido por Copérnico hace que sea acusado de impiedad en el mundo griego. De hecho la publicación de sus ideas se hace después de su muerte.

Por su parte Copérnico se había apoyado en los trabajos de Aristarco de Samos, del siglo III antes de Cristo.

La afirmación que hoy nos parece trivial de que la tierra gira alrededor del sol y es un planeta en órbita, abrió la vía hacia un progreso del conocimiento y hacia una idea enriquecedora e inquietante: el centro del mundo podía cambiar, ya que la idea de la inmensidad del universo donde las distancias son casi infinitas era heredera de la teoría heliocéntrica.

La infinitud llevaba a una clausura epistemológica: si la Tierra estaba en movimiento, no había posiciones “fijas” y si el sistema no estaba “repleto”, la propuesta de apertura en su mismo movimiento traía la posibilidad de que algo podía faltar.

Freud invoca la llamada revolución copernicana y la compara con su descubrimiento del inconsciente porque su consecuencia inauguraba parcialmente la ausencia de un centro y para él significaban dos grandes humillaciones del narcisismo humano. Entre una y otra intercalaba una segunda humillación infligida a nuestro orgullo, los descubrimientos evolucionistas atribuidos a Charles Darwin.

Si el hombre ya no estaba en el centro del universo, si las estrellas no gravitaban en torno a él, el hombre dejaba de ser el referente central de su propio conocimiento.

Luego, el descentramiento y la infinitud del universo ya estaban anunciando un descentramiento epistemológico nada fácil de aceptar.

En última instancia para todos se trataba y se trata de abrir la posibilidad de investigar, descubrir e inventar, y para ello el juego de la oposición aporta la posibilidad del progreso y del crecimiento.

De igual manera el psicoanálisis se opone a la resignación. Se revela contra el: “soy así, no puedo cambiar”. Le quita la máscara al Ideal del Super Yo desarrollado en el estudio freudiano sobre el presidente Wilson, al Super Yo obscuro y cruel de Lacan, a la exigencia narcisista, responsable de los trastornos que vehiculizan la pulsión de muerte.

Los pintores del impresionismo hicieron lo mismo: oponerse.

Se revelaron contra la objetividad fotográfica, contra el realismo de una imagen que les arrebató la intimidad de la impresión. Lógicamente su estética era la estética de la aparición y luchaban por ello.

Hay pensadores que consideran que los impresionistas han surgido gracias al impulso por divergir, discrepar, oponerse al objetivo de la cámara.

Los psicoanalistas también perteneceríamos a la estética de la aparición en divergencia con la posibilidad de que el cuerpo real pueda desaparecer detrás de los multimedia, o sea prescindible.

Por eso pensamos que la divergencia ha construido la historia de la humanidad.

Aristóteles decía que a Sócrates se le debían atribuir dos adelantos científicos por su empleo: los razonamientos inductivos y la definición universal. Sócrates se ocupaba de las definiciones universales, en un sentido, en el de llegar a un concepto fijo, preciso, un referente.

Los sofistas por su parte, discrepaban de ésta posición y proponían doctrinas relativistas rechazando las doctrinas válidas como universales.

Desde entonces, desde el siglo V antes de Cristo, la sofística ha encarnado una constante en la historia, la necesidad de refutar, de divergir, desalojando así al filósofo del monólogo o a lo sumo del diálogo, y haciéndolo aparecer como hombre en sociedad que además de meditar o de dialogar, discute.

El antagonismo entre cultura, progreso y vida pulsional es tratado por primera vez por Freud en 1908.

Antes que él, otros estudiosos habían abordado éste tema. En 1895 era Von Krafft-Ebing, citado por el mismo Freud, el que escribía: “El modo de vida de innumerables hombres de cultura presenta hoy una multitud de aspectos antihigiénicos, sobrados motivos para que la nerviosidad se cebe fatalmente en ellos, pues esos factores dañinos actúan primero y las más de las veces sobre el cerebro... se han consumado en los últimos decenios unas alteraciones que transformaron con violencia la actividad profesional,..., y todo ello a expensas del sistema nervioso.” (Freud, 1908)

No sería pertinente ignorar la actualidad de éste fragmento, puesto que da debida cuenta de cómo algunas de las conquistas del hombre y su inscripción en la cultura, a pesar del confort que representan, pueden llevarle a enfermar.

La historia no es letra muerta y de su actualidad dan debida cuenta el vínculo construido con la voz, el contacto, y la mirada silenciosa que madre e hijo intercambian en el proceso de estructuración identificatoria del candidato a sujeto.

Los hombres se hacen humanos en relación a otro que le da su humanidad. No es solo la posibilidad de hablar en sí misma la que cumple ésta función de humanización, sino la palabra dicha y recogida por otro lo que hace que la voz humana marque la melodía significativa de la lengua materna.

El contacto es sentido y aporta sentido. Es un no-verbal que está presente en el encuentro, que abre paso a la palabra. Ese estar-con-otro se interioriza y deja su trazo en el psiquismo del lado de la pulsión de vida que vincula a uno con el otro.

Tal vez nos aproximamos a un punto esencial: **la herramienta cibernética no debería estar en el centro**, sino instrumentar su uso utilitario a condición de que sume y no que reste.

Dijimos que las teorías de Ptolomeo y Copérnico cambiaron el centro en torno al que giraba el universo y que las consecuencias de ello habían sido astronómicas en múltiples sentidos, de igual manera Freud le arrebató al Yo su categoría de centro y referente.

Sin embargo, personalmente, no comparto la idea de que en el centro coloque al inconsciente.

Creo que el hallazgo del descentramiento freudiano consiste: por un lado, **en remarcar lo que ocurre en “la otra escena” inconsciente** y por el otro **que dicho inconsciente no se sostiene sino en su alteridad radical**, el otro, la otra persona, la que prestará su cuerpo como soporte para la representación subjetiva.

Dicho en otros términos: es otra persona la que es primera en la constitución de mí misma, en la constitución de Yo. **Su prioridad** no es sólo una cuestión teórica, sino **condición de mi existencia** y más aún es una prioridad que vuelvo a experimentar en mi práctica clínica en la transferencia que me convoca y que provocho.

Hay un universo lingüístico que me pre-existe, pero el gran Otro del discurso se ha de encarnar en ese otro pequeño, que me sostiene, me alimenta, me desea, en suma me ama.

De no ser así gracias a la huella del otro y a su auxilio en lo real ¿cómo habría resuelto yo la *Hilflosigkeit*, mi desamparo originario?

En “la primera experiencia de satisfacción” descrita por Freud en el “Proyecto de una psicología para neurólogos” y en el capítulo VII de “La interpretación de los sueños”, se delimita el surgimiento del deseo del orden humano a partir de dos elementos del orden vital: la necesidad y la satisfacción.

El niño hambriento es incapaz de proveerse a sí mismo de lo que necesita, el otro que aporta un auxilio exterior es prioritario, ya que el alimento, es lo único capaz de calmar la acumulación de excitación insoportable.

Lo particular del desamparo es la incapacidad de la cría humana para satisfacer su necesidad por sí mismo. Con sus gritos promueve la intervención de la madre que aporta el alimento.

La experiencia de satisfacción cancela el estímulo interno y consigue restituir el equilibrio del aparato psíquico, y dentro de la teoría freudiana marca el punto de giro hacia la representación: una cierta percepción del alimento cuya imagen mnémica quedará ligada a la huella mnémica de la satisfacción de la necesidad.

A partir de ahí el hambre de identificación interactuará con la potencialidad identificante del entorno.

He querido volver a pasar brevemente por “la primera experiencia de satisfacción” para recordar que el centro no deberíamos ponerlo ni en las premisas de Ptolomeo ni en las de Copérnico, ni en el inconsciente, ni en el yo. Sino aprovecharnos de los afortunados descentramientos que la cultura nos ha facilitado y que demuestran que lo que nos funda y nos acerca es una relación dialéctica regida por una terceridad.

Las herramientas que seamos capaces de utilizar son solo eso, instrumentos de los que nos servimos para aproximarnos al otro a lo largo de una experiencia irreductible de subjetivación, parte esencial de nuestro linaje humano.

En “La moral sexual “cultural”... Freud cita también a Binswanger que en 1896 señalaba el nexo del síntoma con la “vida moderna” y hacía responsable de la enfermedad a: “la prisa desenfrenada, la caza de dinero y bienes, los enormes progresos técnicos que han vuelto ilusorios todos los obstáculos temporales y espaciales en la vida del intercambio”.

Lo difícil debe ser entonces gestionar nuestra libertad con nuestra limitación, administrar nuestro patrimonio constitutivo con nuestro patrimonio cultural y reconocer que la cibervida es tan sólo el nombre maximizado y actual del antiguo poder intrusivo del reclamo cultural. Reclamo cultural que reactiva lo insaciable de la pulsión siempre dispuesta a imponer la legitimidad de la ausencia del límite, o tal vez deberíamos decir a minimizar el límite, descendiénolo a la categoría de “nanolímite”.

Estimular la insatisfacción de lo inmediato, rehabilitar las arquitecturas del deseo, y retomar el oficio de pensar, son herramientas que en éste caso propongo utilizar, para proteger la palabra amenazada y el surco del otro.

(a mi hijo, Iván Alaiz Rodríguez.)

BIBLIOGRAFIA.

Freud, S.: “La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna”, 1908.
Amorortu editores, volumen 9. Buenos Aires 1996.

Hanns, L. A.: Diccionario de Términos Alemanes de Freud. Grupo Editorial Lumen, Buenos Aires 2001.

Korman, V.: “Los cuadros con insuficiente reorganización retroactiva edípica (C.I.R.R.E)” inédito, 2006.

Laplanche, J.: La prioridad del otro en psicoanálisis. Amorrortu editores. Buenos Aires, 1996.

Lledó, E.: El silencio de la escritura. Editorial Espasa Calpe, Madrid, 1999.

Negroponte, N: El mundo digital. Biblioteca Bolsillo, 2000.

Rodríguez-Rendo, M. C.: “El revés de la violencia”, publicado en la Revista del INJUVE, nº 62, septiembre del 2003.

Virilio, P.: El ciber mundo, la política de lo peor. Ediciones CATEDRA, Madrid, 1999.

Wikipedia (Internet) La enciclopedia libre.

Zygouris, R.: “El vínculo inédito” en Después de Lacan: encuentros y despedidas. Ediciones Portezuelo, 2006, Bs.As.